MARÍA, LA ILUSIÓN DE DIOS
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

No tenía Dios previsto que fuera tan pronto la llegada de Santa María al Eterno.

A decir verdad, le gustaba mirar el planeta tierra y ver en él a la Madre del Hijo, que se había quedado semi escondido, velado su aspecto, aunque realmente existente, en la Eucaristía

Pero los hombres con sus ojos complejos: cristalino, retina, cornea y no sé cuantas cosas más, eran incapaces de ver la realidad oculta en la Hostia consagrada, no acababan de estar satisfechos, deseaban una compañía que saciara su necesidad de cariño, que les ayudase en momentos de angustia y de especial necesidad. Así como el planeta azul está dotado físicamente de fuerza gravitatoria, espiritualmente despide ansias de Trascendencia, que se extienden hasta inmensas realidades de superior género. Coincidieron los deseos de Dios con los de los hombres y, en consecuencia, Dios-Padre-Hijo-Espíritu, decidió traerse a María a su vera, no en provecho propio, no. Fue pura generosidad, como todo lo que sale de su Ser, de esto quiero hablaros ahora.

Se le ocurrió un día, hablo metafóricamente, para Dios no hay días, recordó, vuelvo a advertir que para Él todo es actual, pero de alguna manera debo expresarme, tuvo presente aquel encuentro en Nazaret con la ingenua y fiel Chiquilla. Sin tomar precauciones, respetando la libertad con que había enriquecido a cualquier ser humano y contando con su amor tierno que había demostrado siempre, supuso que esta vez también diría que sí y la llamo a su seno.

En el Cielo, junto a Él que la había creado, pegada al que había sido su virginal Hijo único, dejándose empapar de Él, Espíritu que había amparado y estimulado su maternidad, consecuentemente a la decisión divina, permanece fiel allí, pero no estática, sino incorporada activamente al plan de Dios.

Cuentan los de entonces lo que les tocó tener en cuenta. Tan excelente señora, no podía huir de incognito, hubiera sido conducta incorrecta. Tampoco precisaba una despedida apoteósica, no era amiga de vanagloriosos honores. Llegaron los amigos de su Hijo, le prepararon un sepulcro en un lugar emblemático. Era un huerto propiedad de una amiga, daba buenas aceitunas, pero no era eso lo que a Ella le recordaba el lugar. Allí, según le habían contado, su Hijo se la jugó, de momento perdió, pues, fue hecho prisionero, pero después superó en mucho el percance. Permaneció orando largo rato allí. Dudó. Todo Él se conmovió, hasta llegar a una agonía que se manifestó patéticamente. Finalmente se dejo coger para cumplir con ello los planes del Padre. Cuando se lo contaban a Ella, sentía una emoción semejante a la que le conmovió cuando, por primera vez, oyó que la llamaba mamá, como cuando le dijo que marchaba al Jordán, como cuando respondió a su insinuación cambiando el agua de la boda en buen vino, como cuando sus miradas se cruzaron, la de Él en la cruz, la de ella a sus pies. Ahora bien, todo en la vida del Señor se había acelerado a partir de Getsemaní, de aquí que a Ella le gustase que reposara en tal lugar su cuerpo. No sabía, ¡tantas cosas ignoraban!, que los planes

de Dios eran muy otros. No iba a reposar en aquella roca, laboriosamente aplanada, no. Dios y nosotros la necesitábamos.

Si cualquier punto de un infinito, puede ser su centro, situarla en lo Trascendente era tenerla próxima a todos nosotros, no importaba el lugar del espacio en que los humanos se situasen, ni la época en que vivieran.

Se durmió, ¿o tal vez murió? Nadie lo sabe con seguridad. Dejaron que su cuerpo reposara. Desconocido el cómo, fue elevada, asumida en su totalidad, al Cielo. Quedó equidistante e intemporal para todo el género humano, de todas las edades y de todos los continentes.

Ella había vivido en un poblado, sabía conversar con amigos, con vecinos y desconocidos transeúntes. Había trabajado, sabía lo que era el cansancio. Se había quedado viuda, su corazón había sangrado al perder la compañía de su fiel marido. El sufrimiento, el dolor espiritual no le era ajeno. Había jugado de pequeña, sabía cocinar, amasar la harina, tejer en casa, dar de comer al jumento. ¿Se iban a desperdiciar todas estas experiencias? ¿la separación física los iba a suprimir?

Abrazada a Dios, escuchó entonces la misión que se le encomendaba. No debía olvidarse de los suyos. Desde el Eterno, todo y todos resultaban próximos. Empapada de Amor, se sentía solidaria con los más necesitados, quería consolarlos y Dios le dijo que sí, que se aproximara, que si era preciso, podía, de alguna manera, recobrar su apariencia física anterior. Se alegró de su misión, que era misión divina. En llegando al Cielo, lo de llegar es un decir, y enterarse de estos planes, se apresuró a cantar un nuevo Magnificat y de inmediato, abrió su corazón para que entrara en él quien quisiera hallar en él consuelo. En íntimos y secretos encuentros casi siempre, en otros casos, en singular confidencia que debía explicar a todos o a quien más lo necesitara, se ha ido confiando al mundo, entregándose envuelta en amor a quien la quisiera escuchar.

Y la vieron y oyeron algunos y conservando el recuerdo, trataron de perpetuar su apariencia. Los que se vieron envueltos en semejantes experiencias, confundían después las imágenes de sus mujeres más queridas con las de la Virgen que se les había aparecido. Y en Montserrat fue Señora coronada. En Zaragoza, pese a verla diminuta, supieron que estaba llena de coraje y lo otorgaba a quienes la invocaban. En el Pirineo fue pastora en Nuria. En México jovencita soñadora. Más recientemente, para nosotros, acordaos que en el Eterno no existe ni pasado, ni presente, ni futuro, todo es actual. Como nosotros sí creemos percibir el ayer, hoy y mañana, decimos que en la gruta de Massabielle habló con una inocente niña, conversó con ella, le explico sus cuitas, todo muy íntimo, pero hoy aquellas confidencias han dado lugar a Lourdes, donde tantos buscan consuelo y curación y vuelven satisfechos. En otro momento el se confió a unos pastorcillos, fue en Fátima. Anteriormente fue en la Salette. Hoy, según cuentan, ocurre en Medjugorje. Me he referido a la vieja Europa, pero no olvido Zeitun, Guadalupe y tantos otros lugares y momentos.
¿De qué les hablaba a los afortunados confidentes? Lo que les comentaba, pedía o advertía, no era diferente a lo que su Hijo había predicado. Trataba de decir las

palabras que en aquel momento eran más oportunas, con signos que les convencieran de la legitimidad de la revelación que les hacía, de aquí que en algunas ocasiones, sellara el comunicado con milagros convincentes…

Hoy, 15 de agosto, la imaginan algunos yacente, dormida en paz, feliz de su vida íntimamente unida al Hijo de Dios. Otros con mentalidad antigua, la representa subiendo. Está alerta, contempla la realidad y trata de que los hombres vivan de acuerdo a los planes del Altísimo. Lo va comunicando quedamente, no le importa que sus mensajes sean repetitivos. Lo que siempre es nuevo, lo que se estrena en cada encuentro, es el Amor, que siempre es joven y eterno. Amor de madre, que acerca al Amor de Dios.

Que cada uno, se la imagine como mejor le parezca, que acuda al lugar que le resulte más atractivo o donde se sienta mejor o que se encierre en íntima soledad y escuche.

Os cuento, que desde pequeño participé en la plegaria familiar ante una imagen de la del Carmelo, pese a que ninguno de nosotros, por entonces, conociéramos la santa montaña. Vi también a mi padre caminar descalzo algunos kilómetros hasta la ermita de Sieteiglesias en su Matapozuelos natal. Iba a solicitar ayuda y volvía más tarde a dar gracias. En Nazaret, donde Ella dijo al Señor sí, yo he rezado emocionado y he salido más comprometido. En Getsemaní, junto a la losa, donde reposó, o debía reposar su cuerpo, me he sumido en meditación, pidiéndole que me acompañe en la hora de mi muerte, como acompañó a su esposo José.

Hoy, Pascua de Santa María, debe cada uno sintonizar con el mensaje, con la apariencia, que le sea más apropiada para recibir las gracias del Cielo, enriquecerse de coraje, o gozar de la suerte que tiene al conservar su amistad.